

Título:

El desamparo del sujeto, condición de su libertad

La suposición de un margen de libertad en el sujeto es lo que justifica que el psicoanálisis pueda tener efectos sobre lo real.

Ni Freud ni Lacan dicen que la libertad del sujeto sea consecuencia de su desamparo, pero creo que se deduce de sus decires.

“Mirad a los lirios del campo”, se dice en Mateo 6:26-33, para confirmar que todo en el universo, está amparado por el Padre. Pero el ser humano, al contrario que los lirios del campo, carece del saber hacer que los protege y los determina a hilar sin variación alguna.

Es arrojado al mundo sin el amparo de un saber que programe su vida. Pero al mismo tiempo, libre de su determinación.

El hombre no nace programado por la naturaleza en sus elecciones. El desamparo que de ello se deriva ha de sufrir una transformación para que, lo que en principio es angustiante y paralizante, de paso a otra cosa.

En ese sentido, la indigencia primera solo es efectiva si el sujeto la transforma en falta.

Esa transformación del desamparo en falta la sustenta Freud en la hipótesis de la primitiva experiencia de satisfacción, experiencia que dará cuenta de la repetición y de la aparición del deseo como consecuencia de una pérdida que nunca tuvo lugar.

La Angustia- Hilflosigkeit, es la primera vivencia de desamparo. La vivencia de saberse solo, reducido a un cuerpo que no goza del saber hacer del que dispone el lirio en su saber hilar.

Freud es claro al diferenciar el desamparo, la primera angustia, de la angustia señal, afecto que no engaña y que previene la irrupción de lo real del desamparo. Para ello se apoya en el concepto de angustia de Kierkegaard, que considera que la angustia es engendrada de la nada. La angustia señal es la defensa más primitiva frente al desamparo, por esa razón los sueños son el terreno abonado para la angustia, pues como dice Freud, son una regresión a la primitiva infancia del soñador.

Hay un paso necesario del desamparo real a la angustia señal frente al desamparo.

El paso lo propicia la marca dejada por la experiencia primera, experiencia que, si bien se sustrae de la cuenta, es indispensable para empezar a contar, es decir, a hacer historia.

Se podría establecer un paralelismo entre la relación del desamparo con la angustia señal, la represión primaria con la represión, el ombligo del sueño con los sueños etc

En todas estas relaciones está presente la necesidad de establecer un punto de partida, un real que se resiste a ser abordado.

El real que interesa al análisis es el real de “no hay relación sexual”. Que no haya relación sexual para el parlêtre determinada por la naturaleza, implica el desamparo de un saber pero también la libertad de elección de partenaire.

Precisamente porque no está programada por la naturaleza, en algún momento de la historia, se intentó programar por el discurso.

Pero no es eso lo que interesa al psicoanálisis. Lo que le interesa es que si bien dicha elección está sujeta a condiciones, éstas no derivan de su naturaleza de ser viviente ni del discurso, sino que son condiciones de goce particulares.

Para que esa elección se haga efectiva el sujeto tiene que transformar el “no hay” del desamparo, en “hay una falta”, y en tanto tal, puede ser suplida.

Esto es posible porque el sujeto, inmerso en un universo de significantes, nombrará esa falta con lo que tiene, con un significante extraído de *lalengua* y por lo tanto, sin sentido, es decir, una letra.

Ejemplo claro de ello es el significante “brillo en la nariz” del paciente de Freud.

El encuentro de cada uno con la castración, con la falta, depende del azar, lo mismo que el significante creado para suplirla; pero la castración misma, no es azarosa sino necesaria.

La repetición es la constatación de la imposibilidad de la relación sexual.

La repetición es repetición de la castración, pues cada vez que se da, pone de manifiesto que no hay encuentro con el goce que no sea fallido.

Los lirios están sujetos a la repetición invariable de lo mismo, mientras que la repetición para el sujeto es la repetición del fracaso de la repetición tal como Kierkegaard, maestro del desamparo, lo pone de manifiesto en el texto “La repetición”, en el que se apoya Lacan cuando aborda este concepto.

Si bien no es posible reeditar el encuentro con el objeto, contamos con una suplencia que hace las veces: el amor.

El amor, como suplencia de la relación sexual, es entonces síntoma, un síntoma que anuda eventualmente, lo no anudado: el uno con el otro. Sin olvidar que solo hay uno, entonces todo partenaire es síntoma.

La repetición no cesa de escribir la relación sexual como imposibilidad, como encuentro fallido y el síntoma es la suplencia, la solución a esa imposibilidad.

La tarea de la repetición es establecer esa imposibilidad que insiste en cada encuentro fallido y el síntoma la solución precaria.

La angustia señal es defensa frente al desamparo, el síntoma también lo es, pero una defensa más elaborada, es ya una organización que incluye una suplencia.

Suple la imposibilidad con la impotencia

La repetición genera una falta a partir de la nada del desamparo, una falta fecunda, tan fecunda que resulta que esa falta es lo que permitirá la entrada del síntoma suplencia.

Es importante insistir en que la falta no está dada de antemano, se genera por la repetición a partir del desamparo.

Hablamos de la letra del síntoma y no de la falta del síntoma, pero es que a esa falta, generada por la repetición, el síntoma la hace operativa al investir de goce un elemento del inconsciente que sustrae de la cadena transformándolo en letra, es decir, sustrae la letra de la cadena de sentido y fija en ella un goce fuera de sentido.

La letra del síntoma hace operativa la falta, de la misma manera que en matemáticas, para poder operar se positiviza la falta como concepto que representa la falta de concepto, se hace corresponder la falta con el cero.

No hay posibilidad de operar con lo real del desamparo si no es por la

vía de la falta pero esa falta es operativa, no en tanto ausencia sino en tanto nombrada.

En el síntoma nos encontramos con un saber hacer que no parte de ninguna naturaleza sino de la lengua del sujeto, un saber hacer que el sujeto no maneja sino que lo maneja a él. Entonces, si el sujeto es manejado por un saber hacer inconsciente ¿qué pasa con su libertad?

El síntoma no se elige, determina el ser de goce del sujeto y una vez fijado su núcleo real ya no cesa de escribirse.

Nos damos cuenta, entonces de que la libertad derivada de su desamparo, está limitada. ¿Cuál es el margen de libertad que hace de él un ser ético responsable de sus elecciones?

La respuesta de Kant en la “Crítica del Juicio” es instructiva al respecto porque deriva la libertad del desamparo del sujeto frente a la naturaleza.

“Aceptamos nuestra limitación frente a lo inconmensurable de la naturaleza, y al mismo tiempo, vemos en nuestra facultad de la razón, una superioridad sobre este inconmensurable que, a la vez que nos hace conscientes de nuestro desamparo, nos descubre la facultad de juzgarnos más allá de él”.

“Es la contemplación estética de la grandeza de la naturaleza frente a la impotencia del hombre, el juicio estético, el que da paso al juicio ético, Juicio que tiene que llevar implícita la libertad del individuo.” (pág 164-Austral)

Para Kant la experiencia del radical desamparo que determina el dolor del sujeto, se transforma en un sentimiento al que llamará “placer negativo”, y en esa experiencia funda tanto la libertad como la moral.

Opone al “hombre placer” de la Ilustración, una concepción del sujeto cuya conducta está determinada por un principio más allá del placer que, de manera ejemplar, lo encuentra en la experiencia estética.

Experiencia de lo sublime que se sitúa más allá del placer y cuyo objeto no es lo bello, sino un goce (que Burke, del que Kant toma lo fundamental de su concepto de lo sublime, denomina “terror deleitoso”).

La experiencia de lo sublime es el fundamento de una ética que no busca la felicidad del sujeto, una ética más allá de los bienes (lo que desarrolla Lacan en La Ética)

Kant es prefreudiano, pero anticipa ciertas líneas de pensamiento que desarrollara más tarde el psicoanálisis.

En “Más allá del Principio del placer”, cuando Freud trata de dar cuenta del trauma vivido que se repite en la vida onírica en la que se supone que rige el principio del placer, se apoya en el juego del niño de repetición de lo traumático, pero también en el arte ya que, si bien éste no ahorra impresiones dolorosas al espectador (tragedia), le produce un elevado goce.

Y entonces nos dice, casi haciendo suyas las palabras de Kant, que una estética que presupone la existencia y el imperio del principio del placer, no puede dar cuenta de la satisfacción producida en la contemplación de la obra, porque no testimonia de una tendencia más originaria que el principio del placer e independiente de él.

Lacan habla de “una insondable decisión del ser” en “Acerca de la causalidad psíquica”. Una respuesta del ser frente a lo real, que se podría llamar ética. Y en el Sinthome habla de una “forclusión de hecho”, ésta vinculada a una elección del sujeto, al contrario que la forclusión generalizada, que no admite elección alguna. El sujeto situado frente al desamparo elige su respuesta: represión, desmentido o forclusión. En ninguna de las tres hay aceptación sin ambages.

La aceptación supondría ir más allá del horror al saber, horror que no está producido por la falta, sino porque esa falta pueda faltar y, entonces, haga tapón al agujero del sentido, haciendo aparecer el verdadero agujero. (Prefacio)

Que esa falta pueda faltar es la expectativa de la angustia, el temor expectante del sujeto frente a la posibilidad de que la repetición no falle el encuentro.

La aceptación pasaría por el querer saber, pero Lacan nos dice que el deseo de saber es inhumano porque significa exceptuarse de la común pasión por la ignorancia.

El sujeto en su análisis, aunque no lo parezca, no busca saber, busca sentido.

Pero el recorrido del análisis supone una desvalorización del sentido que lo lleva a enfrentar de nuevo el desamparo con la caída del fantasma que lo protegía, caída del mundo, caída del sentido. De nuevo frente al desamparo, su respuesta, a pesar de la ganancia epistémica de un saber que fracasa en el vano intento de salir de la repetición, su respuesta es impredecible.

Lacan presenta a Joyce, el inanalizable, como modelo de lo mejor que se puede hacer al final de un análisis: Hacer con el síntoma, que si determina al sujeto, un escabel al que encaramarse y, desde allí, autorizarse por sí mismo sin el sostén del Otro. Un narcisismo sin ideal del yo pero no sin escabel. Un saber hacer con el síntoma.

Rosa Roca Romalde. Marzo 2018

Pregunta: en relación al amor

Respuesta: Quiero decir que el amor fracasa porque es impotente para hacer de un partenaire el otro de la pareja, pues el verdadero agujero es que no hay Otro, que solo hay Uno sin el Otro. Que el goce es del Uno.

Pregunta: en relación a la repetición:

Respuesta: La repetición cuenta con tres tiempos: el primero de la experiencia que no está marcado, el segundo que se marca con un rasgo como pérdida de la 1ª experiencia y el tercero en el que ya es repetición

La repetición es encuentro fallido con lo real, repite el fracaso de ese encuentro, la imposible satisfacción. Esa satisfacción nunca existió, es una experiencia mítica necesaria para que algo comience, y comienza a partir de la constitución del objeto de satisfacción como perdido, como falta. La repetición, lo que inscribe con el rasgo es la falta de goce, la imposibilidad y el síntoma es la suplencia.

Pregunta sobre el margen de libertad:

Respuesta: La libertad de elección del sujeto, Lacan la sitúa no del lado del síntoma sino del decir sinthome, de lo que anuda RSI. El sujeto trae al análisis su síntoma pero también con su sinthome. El núcleo del síntoma permanecerá inalterado, pero el anudamiento del sinthome puede modificarse porque el análisis es cuestión de sutura y empalme a través de la interpretación. Si el nudo es un producto de un decir, se pueda modificar por otro decir, por el decir del análisis. El decir-sinthome es un acontecimiento que tiene efecto sobre el metabolismo del goce. No es estructural sino existencial.

Lo que limita es lo que se debe a la estructura del lenguaje: la repetición que no cesara de no escribir la relación sexual.

